

# SALIR (RECIÉN) DE LA CLANDESTINIDAD

De la lucha sostenida durante 18 años, hasta el Estado que hizo Justicia en 2004, una joven periodista que integró la primera camada de HIJOS cuenta en primera persona secretos de niñez y estos tiempos de pasaje. Una nueva etapa: es hora de hablar de lo que pasa.



**Junto a tantos tantísimos otros** compañeros y compañeras, fui parte de esa red que se formó hace 18 años y fue Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio (H.I.J.O.S.). Creo -esto es absolutamente personal- que en ese momento hicimos grandes esfuerzos para correrlos del lugar de las víctimas; había que ser fuertes y heroicos, como habían sido nuestros padres. Éramos pequeños cachorros intentando demostrar que teníamos voz propia, y fiereza, y racionalidad suficiente para ser escuchados por una sociedad que no había tenido lugar para pensar siquiera que los hijos de los

**Éramos pequeños cachorros intentando demostrar que teníamos voz propia, y fiereza, y racionalidad suficiente para ser escuchados por una sociedad que no había tenido lugar para pensar siquiera que los hijos de los desaparecidos existían.**

desaparecidos existían y habían crecido. En la mejor tradición de los organismos de derechos humanos no pedíamos venganza, pedíamos justicia. Pero si no hay justicia, hay escrache popular, cantábamos. Y la creatividad fue un factor poderosísimo para lanzarnos a la calle, y tomar esas ciudades hasta ese entonces tan anónimas como hostiles con nosotros, para ir marcando el camino como quien deja un reguero de miguitas que conduce a los asesinos, los impunes. En ese constituírnos colectivamente hubo una doble transformación: comenzaron a aparecer nuestras historias y todo aquello que habíamos negado, olvidado, naturalizado, -aunque no sé si naturalizado es la palabra-, explotó; salió a la superficie y se hizo fuerte con la historia de ese otro que nos reflejaba, nos espejaba todo lo crudo de nuestra puta vida. Y esa potencia que adquiere lo personal cuando se transforma en político fue la fortaleza de los que no sabíamos de dónde veníamos pero sabíamos que nos habíamos encontrado, y éramos muchos y ya no estábamos solos. Aun los que nunca pasaron por una asamblea de H.I.J.O.S. creo que se vieron cobijados por esa trama que re- tejía un nuevo sentido.

Hay una escena fundacional en mi vida que tardó mucho tiempo en abrirse paso en mi memoria. Yo debía tener 5 o 6 años. Mis abuelos maternos vivían en Tres Arroyos, donde yo pasaba las vacaciones de verano. Eran civilizadamente yrigoyenistas, mientras que la vecina de la casa de al lado era furiosamente peronista. Con estas dos verdades en la mano, yo encaré a mis padres una soporífera tarde de enero, sentados en el Torino blanco de dos puertas, cuyas líneas modernas completaban la composición de líder guapo y guerrillero de Carlos, mi padre. "Los abuelos son radicales, y doña Encarnación es peronista", dije yo con suficiencia. "¿Nosotros qué somos?"

Recuerdo la mirada de mi padre, buscando la aprobación de mi madre por sobre mi hombro. Y todavía siento la aceptación de ella como un pestañeo lento, tras lo cual él me miró con sus ojos negros de bolero y me dijo, entre divertido y resignado por no haber podido mantener más tiempo el secreto: "Nosotros somos comunistas. Pero no se lo digas a nadie".

Consigna que yo cumplí a rajatabla hasta este momento, querido lector; aún cuando hubo veces en que me non-





Recuerdo la mirada de mi padre, buscando la aprobación de mi madre por sobre mi hombro. Y todavía siento la aceptación de ella como un pestañeo lento, tras lo cual él me miró con sus ojos negros de bolero y me dijo: “Nosotros somos comunistas. Pero no se lo digas a nadie”

dó la tentación de ir a tironearle la manga al policía de la esquina y confiarle mi corazón en un susurro: je, mis papás son comunistas. Sólo para ver qué cara ponía, para saber si chocaban los planetas o caían rayos sobre mi cabeza. Mi madre –se llamaba Virginia y en la familia le decían Vibel, pero los compañeros de militancia la conocían como Coca– debe haber pensado que esa verdad era necesaria para mi ubicación histórico-espacial; o que ya era tiempo de darme alguna responsabilidad conceptual. Guardar un secreto. Pero durante muchísimos años yo me sentí atrapada como el peluquero del Rey Midas –sí, aquel que todo lo que tocaba lo convertía en oro–, que sabía que el monarca tenía orejas de burro y que cada noche, después de rasurarlo, se encontraba con la desesperación del secreto entre las manos. Sólo cabía la muerte si lo revelaba. Pero un día no aguantó más y cavó un pozo a la orilla del río y lo dijo, sólo para aliviarse: el Rey Midas tiene orejas de burro. Y tapó el pozo con arena, pero creció una caña, que con el soplar del viento, comenzó a contar el secreto a quien quisiera oírlo: pájaros, plantas y humanos. El barbero fue ejecutado y el Rey Midas, según la mitología, se suicidó por la vergüenza. Pero todo eso yo lo aprendí mucho después, cuando mis padres ya habían desaparecido y en veranos tórridos como aquel de la escena del Torino leía de un tirón todos los Mitos y Leyendas que traía la enciclopedia Lo Sé Todo. Yo repetía bajito la filiación tan temida: comunistas– comunistas- comunistas, y cerraba los ojos y esperaba a que pasara algo. Aunque, claro, Lo Peor –como

dice Raquel Robles en Pequeños Combatientes– ya había pasado.

Yo, que lo que más deseo es encontrar un par de huesos así sean de pollo para poder enterrarlos y Resquiescat in pace, me doy cuenta cada vez más que el desbrozar estas historias, las personales y las colectivas, no termina con saber el destino de todos los asesinados –las cosas por su nombre–, con el hallazgo de los cuerpos sin tumba, con el desentrañar de la conspiración cívico económica que amparó la cobarde valentía militar, con la Justicia que dictamine la cárcel más común a los verdugos. Hay más, y urge, porque hace a los vivos. ¿Dónde están todos esos niños –que ya son hombres y mujeres– dados en adopción, todos esos que pasaron por las Casas Cuna de todo el país, dónde los que el Estado alojó en orfanatorios, dónde y cómo están todos esos que nadie sabe, ni ellos saben, pero sí su corazón, su desazón, sus noches de miedo en el invierno? ¿Qué hacer con todos esos que aún buscan a sus hermanos, o encontraron a sus hermanos, pero claro, el tiempo que ha pasado ha sido mucho, y el que llega no es el mismo que en la fantasía, donde todos somos lindos y buenos y nos besamos y abrazamos como si no hubiera pasado nada? Precisamente porque sí ha pasado algo. Y no hay paliativo que nos alivie de eso. Eso que nos pasó, nos sigue pasando. Entonces el decir de los hijos, que muchos encontraron fresco, renovador, irreverente –recordemos la película Los Rubios, de Albertina Carri– creo que se ha complejizado o se está complejizando o quizás soy yo que yo me estoy poniendo vieja. A esa reflexión





La infatigable marcha por la memoria de las Madres, abrazada siempre por el pueblo

sobre nuestros padres, su generación y su lucha hoy podemos –o puedo– sumarle la mirada sobre nosotros mismos. Nosotros mismos como hijos, como sujetos políticos –en tanto que lo nos sucedió no fue obra del azar–, nosotros como víctimas y no precisamente colaterales, nosotros como los que ahora deben restañar (se) luego de que el Estado, al fin, se ocupa de lo que se tiene que ocupar. El Estado pidió perdón, y ese mismo Estado que negó y desapareció hoy admite, da lugar, hace Justicia. Este Estado que ayer encarnó la maquinaria de exterminio y luego negó más que Judas, hoy dice que sí, que esto sucedió, y hay que hacer justicia y esto es sólo el comienzo.

Treinta años de democracia nos habilita a decir otras cosas, a nombrarlas y nombrarnos de otra manera: las cosas por su nombre, pero también decir aquello que nunca dijimos. Así como en los juicios de Lesa Humanidad las víctimas han podido contar hechos para los cuales la sociedad no tuvo oídos en su momento –los delitos sexuales, por ejemplo– las historias de y sobre lo sufrido por los hijos empiezan a desovillarse, a contarse de nuevo, a configurar una otra cosa.

Todos aquellos que fuimos niños durante la dictadura atravesamos una doble clandestinidad: del afuera, donde acechaban los enemigos, y de nuestros mismos padres, demasiado agobiados para preocuparlos con cuestiones hogareñas: ¿a quién preguntarle por qué vamos a la escuela con otro nombre, a quién confiarle que sospechamos que las lágrimas de mamá no son por un resfrío, a quién le preguntamos por





los tíos que no volveremos a ver? Hablo de todos los niños porque yo creo que la infancia es un terreno donde se dirimen todas las tensiones sociales, aún en aquellas familias a las que “no les pasó nada”.

No es tarde –para recordar, para testimoniar, para volver a contar– porque todavía duele. Testimoniar, dice Angela Urondo Raboy, es dejar de estar solo. Y, además, creo yo, es dejar de contener el cauce del río, para que las aguas bajen –turbias, cristalinas, delgadas o arrogantes– y desemboquen en ese mar que somos todos. Todos esos ríos van al mar y nos constituyen. En el momento en que se abren esas compuertas, todos nos sentimos un poco desnudos de quienes éramos –no somos tan especiales ni tan únicos–, incómodos, fuera de lugar. Hay que re-acomodarse para volver a ser, vivos, liberados, con un lugar propio en lo colectivo, un nosotros que nos incluye a todos, aún a esos que, insisten, “no les pasó nada”. ¿Cómo puede haber gente que todavía piense que “no le pasó nada” durante la dictadura?

Treinta años después, podemos ha-

**Así como en los juicios de Lesa Humanidad las víctimas han podido contar hechos para los cuales la sociedad no tuvo oídos en su momento –los delitos sexuales, por ejemplo– las historias de y sobre lo sufrido por los hijos empiezan a desovillarse, a contarse de nuevo, a configurar una otra cosa.**

blar de otras cosas. Luego de pedir por aparición con vida, luego de dar vueltas y vueltas en la Plaza de Mayo, luego de los juicios y soportar el punto final y la obediencia debida, luego del indulto, luego de recuperar algunos huesitos –no todos, ¿cuándo serán todos?– luego de salir a escrachar porque no había ninguna esperanza de justicia, luego de los Juicios de la Verdad (que no tenían efectos penales, ¿se acuerdan?), hubo un día en que lo que creíamos imposible pudo revertirse. Y vino la nulidad de las leyes y empezaron los juicios y Néstor Kirchner bajó el cuadro de Videla y pidió perdón en nombre del Estado. En ese momento, como en un lento deshielo, yo

sentí que comenzábamos a salir de la clandestinidad. Ahora se puede dejar de hablar de lo que pasó –los muertos están insoportablemente muertos– y podemos empezar a hablar de lo que nos pasa.

Es muy aliviador que el Estado se haga cargo de lo que pasó para que yo pueda hacerme cargo de lo que me pasa. Y desovillar el teje, y lamerme las heridas, y poder cicatrizar. Por que como dice mi hija, que tiene la misma edad que tenía yo cuando se llevaron a mi madre: ¿por qué llorás mamá, si los militares están presos? Lloro por esa niña que fuí, claro. Por esos niños que fuimos todos. Y por lo que falta.

## La vista cartográfica

Raquel Robles y Angela Urondo Raboy tienen mucho en común: ambas son escritoras, madres, amigas y sus padres fueron asesinados por la última dictadura militar. Acaban de publicar sendos libros: *Pequeños Combatientes* y *¿Quién te creés que sos?* que no son los primeros escritos por hijos de desaparecidos, ni serán los últimos, pero que se entrecruzan para hablar del miedo, la clandestinidad, los malos sueños, la marca en el orillo, esa sensación infantil de soy diferente soy diferente y no es por los anteojos ni por el acné. Entre ambos textos se da un juego de espejos y réplicas que se validan entre sí: la nena que sabe y la nena que no sabe. La que creció pensando que Francisco Paco Urondo era escritor de libros de economía –de-e-co-no-mía, ¿se dan cuenta?– y que había muerto en un accidente de auto, y la que sabía que la religión es el opio de los pueblos y que sus padres querían a Perón, pero sus tíos (comunistas), no. “Yo sabía que estábamos en guerra, que había habido alguna clase de combate y que ellos estarían en alguna prisión helada peleando por sus vidas. Sabía que me tocaba resistir”. Así empieza *Pequeños Combatientes*, el tercer libro de Raquel Robles pero el primero en el que se escucha la voz de aquella niña que fue luego de que se llevaran a sus padres. Ella sabe que las cosas no salieron del todo bien, pero que tiene una misión que la ampara y la sostiene, tanto a ella como a su hermano. Está escrito en clave de ficción, pero es todo dolorosamente cierto o probable: la adaptación a una nueva vida en una nueva casa, la pérdida de todo –además de los padres, ¿que habrá sido de los animales, los juguetes, los amigos del barrio?– la sobreadaptación para que el dolor de los abuelas y los tíos no fuera aún mayor. *Pequeños Combatientes* es la historia de esos niños sobreadaptados que fuimos todos en aquellos horribles años: todos podemos reconocernos en esa voz que intenta no protestar por la desaparición pero admite que esa comida no es la misma que la que hacía mamá. “Yo sabía perfectamente que la religión era el opio de los pueblos.



**Angela tenía 11 meses cuando el auto en el que viajaba con sus padres fue emboscado y acribillado en la ciudad de Mendoza, en junio de 1976. Angela fue llevada a la Casa Cuna, donde pasó casi un mes.**

No estaba muy segura de qué era el opio, pero sin dudas era algo muy malo, algo que cuando el pueblo se lo tragaba atrasaba irremediablemente el Proceso Revolucionario. No sólo dios no existía, sino que creer en su existencia nos hacía daño a todos. Pero también sabía que estábamos atravesando una etapa de Resistencia y que había que disimular. Era evidente que el pueblo había estado atragantándose con opio porque el Proceso Revolucionario venía muy atrasado. Nadie parecía darse cuenta siquiera que la Revolución estaba al final del camino. También podía ser que las tareas de simulación estuvieran siendo realmente exitosas, pero ese es justamente el problema de la clandestinidad: no hay a quién preguntarle”. Raquel Robles es hija de Flora Celia Pasatir, secuestrada

y desaparecida el 5 de abril de 1976 de su casa de City Bell, junto a su esposo Gastón Robles, secretario de Agricultura durante el breve gobierno de Héctor Cámpora. Raquel tenía 5 años, y su hermano, Mariano, 3. Angela es hija de Francisco Paco Urondo y Alicia Raboy. Angela tenía 11 meses cuando el auto en el que viajaba con sus padres fue emboscado y acribillado en la ciudad de Mendoza, en junio de 1976. Angela fue llevada a la Casa Cuna, donde pasó casi un mes; luego fue recuperada por su familia materna y adoptada por una prima de su madre. Recién pudo recuperar su identidad, es decir un DNI donde dice Urondo Raboy, en agosto de 2012. “Abrir en un libro algo personal para hacerlo público, para mí tiene que ver con el origen del conflicto, que no nace de nosotros, no se trata de un problemita personal, entonces los motivadores para escribir y exponer (se) son otros. Buscar palabras que puedan nombrar lo ocurrido, encontrar significantes, ayudas para comprender. Porque el origen del conflicto nos excede, pero igual nos atraviesa y no se trata de exponer ese atravesamiento, o hacer catarsis pública, sino de hilar retazos de lo que hace a nuestra historia en común y poder consolidar tal vez algunas pensamientos sobre la misma”, dice Angela Urondo Raboy. En la primera mitad del libro cuenta la historia casi académicamente: va a las fuentes, escritas, orales, nos enfrenta con los hechos. No hubo pastilla de cianuro, a Paco Urondo le reventaron la cabeza de un culatazo. No hubo buenas maneras ni alegorías: a Alicia la acorralaron en la calle y la arrastraron de los pelos. ¿Quién te creés que sos? suele ser la pregunta retórica que busca poner en su lugar al impertinente. En el caso de Angela es, realmente, una afirmación de esa identidad por la que tuvo que batallar. “La restitución de la identidad es un proceso largo, pausado y permanente”, dice en su libro, que es una larga deconstrucción de la que le hicieron creer que era para comenzar a ser esta que es.